

bó que la voluntad del pueblo no significaba nada para el poder del emperador; con lo cual quedó completamente refutada la especie, que despues tuvo tantos creyentes, de que el emperador no habia tenido mas alternativa que la revolucion ó la guerra, pues en 20 de junio de 1872 declaró Pietri ante la comision citada: «El ascendiente del gobierno era hasta setiembre absoluto. Las pasiones revolucionarias eran impotentes, y el poder de la autoridad se demostró de un modo evidente cuando la manifestacion motivada por el entierro de Víctor Noir (1). En 11 de enero dijo Flourens á un amigo: «Mañana á esta hora quedará el imperio aplastado,» y en 12 de enero bastaron un comisario de policia y un tambor para dispersar las masas innumerables del pueblo, que llegaron de Neuilly, dirigiéndose á las Tullerías; pues al segundo pregon quedaron en la plaza solo algunos sombreros caidos y dos ó tres individuos que no habian podido huir con tanta presteza como sus compañeros. Lo mismo sucedió en febrero de 1870, cuando se prendió á Rochefort en medio de Belleville, á la puerta del local donde iba á hacerse una demostracion de afecto. En fin, los mas temidos revolucionarios estaban descorazonados y ninguno de ellos creía posible salir airoso, diciendo con pena y rencor: «Jamás cae un gobierno á la primera embestida; la restauracion y la monarquía de julio habian vencido varias sublevaciones antes de hundirse bajo los golpes de nuestros predecesores, y el segundo imperio no ha visto todavía ni una conspiracion como la de Malet.» La verdad es que el país estaba tranquilo, se mostraba lleno de confianza y feliz; el ejército en todas partes decidido y fiel, y la nacion habia manifestado de nuevo con mas de siete millones de votos, en mayo de 1870, su fe en el imperio y en el emperador. Teníamos en Paris una guarnicion bizarra y fuerte; teníamos dos hermosos regimientos de la guardia de Paris y 4,000 municipales, todos gente fiel, tranquila é impávida. Nuestro servicio de seguridad estaba montado para hacer frente á cualquiera contingencia y nos tenia al corriente de cuanto interesaba á la paz pública. Esta era en el mes de julio de 1870 nuestra situacion en el interior; estas eran las bases sólidas sobre las cuales descansaban la grandeza y la suerte del país.»

Se vé, pues, que la libertad del emperador para decidirse y tomar sus disposiciones era la mas completa cuando con el mayor sigilo dió remate á la conspiracion para hacer la guerra á Prusia, conspiracion que hemos visto empezar en 1869 y desenvolverse en febrero de 1870.

Una observacion ó nota en las memorias del conde de Beust hizo que el general Lebrun, cuya mision en Viena mencionó el príncipe Napoleon como sabemos, publicara en el *Figaro*, en 17 de enero de 1887, una revelacion que puso de manifiesto de una manera inesperada la política belicosa secreta del emperador en el mes de junio, tan pacífico, de 1870. Segun esta revelacion, habia sido enviado á Viena el general Lebrun, el hombre de confianza del emperador y el mas iniciado en sus planes secretos, para llevar á cabo en aquella corte las negociaciones de una campaña comun entre la Francia, Austria é Italia, campaña que por primera vez se habia puesto sobre el tapete el año anterior en Paris. Lebrun llegó el 6 de junio á la capital de Austria y expuso por la mañana del dia siguiente el plan de campaña del emperador «al militar mas elevado del imperio austriaco,» es decir, al archiduque Alberto. Este plan decia: «Reunion de 350,000 hombres á orillas del Saar, para caer sobre Maguncia y apoderarse de la orilla izquierda del Rhin; paso de este rio entre Maguncia y Gernersheim con la mayor parte de este ejér-

(1) Asesinado alevosamente en 10 de enero de 1870 por el príncipe Pedro Bonaparte. *Calendario histórico*, pág. 337.

cito para dar la mano á los austriacos é italianos en Baviera; reunion de un ejército intermedio, compuesto de 100,000 franceses, del ejército italiano y de 100,000 austriacos procedentes del Austria meridional. Estos tres ejércitos se juntarán en Memmingen y pasarán desde allí el Danubio y el Mein. El resto del ejército austriaco reunido cerca de Olmutz y en Bohemia marchará en su mayor parte á Baviera para unirse con los ejércitos aliados.»

A este plan se opuso en Viena que ni el Austria ni la Italia se hallaban en condiciones de movilizar y reunir sus ejércitos como Francia; porque si ésta podia en quince dias poner el suyo en campaña, las dos potencias aliadas necesitaban por lo menos seis semanas para formarse y emprender el ataque. En vista de esto se concertó un segundo plan en lugar del primero, sobre el cual el general Lebrun negoció dos dias y cuyas dos principales disposiciones eran las siguientes: «El ejército francés utilizará la rapidez de su movilizacion (quince dias) para engañar al enemigo sobre el verdadero punto de ataque; rechazará con una tercera parte de sus fuerzas al enemigo del Saar y con las otras dos terceras partes pasará el Rhin á los diez y seis dias de haber llamado las reservas á las armas, para llegar lo mas pronto posible á Stuttgart y de allí á Nuremberg, lo cual podrá verificarse dentro de seis semanas desde el llamamiento de las reservas. Si se hallaren numerosas fuerzas enemigas detrás del Neckar en su curso medio ó en las inmediaciones de Nuremberg, se retirará este ejército francés hácia el lado derecho y en el primer caso pasará el Danubio mas arriba de Ulm, y en el segundo lo atravesará mas abajo de esta ciudad, para marchar luego sobre Regensburg.»

»El ejército austriaco se reunirá en Bohemia, situando en seguida un cuerpo de ejército en Pilsen y otro entre Olmutz y Bohemia, y terminará su movilizacion, para la cual necesita por lo menos seis semanas, despues del llamamiento de las reservas.

»El ejército italiano se reunirá en Verona y Udine y aguardará allí hasta que la actitud de Austria le permita atravesar en ferro-carril sus provincias para llegar lo antes posible á Regensburg. En el momento en que las avanzadas francesas y austriacas se den la mano entre Eger y Weiden, ó sea entre Regensburg y Schwandorf, emprenderán su movimiento los dos grandes ejércitos en direccion de las llanuras de Sajonia, facilitándose mutuamente las respectivas marchas al través de Baviera y desde la Bohemia á Sajonia. En el caso de que los prusianos invadieran la Bohemia antes de que hubiesen empezado las marchas que acaban de indicarse, el ejército austriaco evitará todo encuentro decisivo y procurará quedar en contacto con el grande ejército francés para asegurar su union con él.»

Para el caso de que este segundo plan no fuese aceptado ó encontrara dificultades en la ejecucion, se propuso un tercer plan de campaña, segun el cual el ejército austriaco debia tomar posiciones en Bohemia y Moravia para marchar sobre Berlin seis semanas despues del llamamiento de las reservas. Tres semanas antes el ejército francés debia invadir el Palatinado, mientras otro ejército descenderia por la cuenca del Mosela. Tan pronto como hubiese llegado el ejército principal á Maguncia, se procuraria pasar el Rhin cerca de Mannheim, despues de haberse reforzado allí con un cuerpo del segundo ejército que habria bajado por la cuenca del Mosela. Antes de haber pasado siete semanas desde el llamamiento de las reservas avanzarian los franceses por el Mediodía de Alemania para dar allí la mano al ejército italiano, penetrarian en el Hesse electoral y en la Turingia y se dirigirian desde allí al Elba, al Norte de Magdeburgo. El ejército italiano debia, segun este tercer plan, reunirse junto al Inn,

derrotar despues á los bávaros y llegar hasta Regensburg.

Todos estos planes dependian de dos condiciones: de reunir la Francia un ejército de 400,000 hombres á orillas del Saar y de evitar despues toda batalla decisiva hasta que el Austria y la Italia pudiesen prestar su cooperacion. En este tiempo de seis semanas que necesitaban el Austria y la Italia para reunir sus ejércitos, observaron ambas potencias la neutralidad, pero hicieron preparativos tan rápidos, que llamaron la atencion de la Prusia y obligaron á esta potencia á tomar con una parte de su fuerza armada medidas preventivas contra las primeras operaciones de los franceses.

Tambien estaba convenido que en el momento de pasar el ejército principal francés el Rhin, el emperador Napoleon se declarase públicamente protector de la Alemania del Sur contra la opresion prusiana, con lo cual Napoleon esperaba desprender de la Prusia los Estados del Sur, ó en todo caso paralizar su actividad y la marcha de sus tropas.

Todo esto estaba previsto y calculado hasta en los mas insignificantes pormenores y teniendo en cuenta todas las contingencias.

El general Lebrun regresó en 21 de junio á Paris y al dia siguiente presentó al emperador una memoria sobre su mision, cuya publicacion, dice el informe, si se hubiera hecho habria cambiado completamente el aspecto de los sucesos de 1870. Ante todo demostraria que estaba decidida la declaracion de guerra para mediados de julio y resuelto el paso del Rhin para fines de julio y que la disputa con motivo de la corona de España fué una pura farsa para impulsar á la guerra al rey Guillermo. La guerra estaba decidida, cualquiera que hubiese sido la respuesta del rey de Prusia, y sobre esto veremos todavía revelaciones sorprendentes en la conducta del duque de Gramont.

Napoleon estuvo muy disgustado por las seis semanas de plazo y dijo que las disposiciones extraordinariamente simpáticas del Austria le habian hecho esperar una actitud mucho mejor; mas el general Lebrun le tranquilizó luego observándole que seguramente podria modificarse y mejorarse mucho por la via diplomática, y esto era ciertamente verdad y habria sucedido así si Napoleon no hubiese quedado desde un principio completamente derrotado, contra todo lo que los interesados esperaban. En Viena y en Florencia se contaba por seguro el triunfo de las armas francesas, y esta persuasion de Víctor Manuel autorizaba á los dos emperadores á contar con la alianza de Italia aunque hubiese quedado pendiente la cuestion de Roma; porque si no tomaba parte en la alianza no hubiera podido esperar nunca nada de Napoleon en el caso, para todos los aliados indudable, de la victoria de los franceses.

Sobre este fondo aparece el debate del cuerpo legislativo en la sesion del 30 de junio de 1870 bajo una faz enteramente nueva, y se comprende lo que significaba la declaracion del ministro de la Guerra Leboeuf cuando dijo que para el año siguiente pedia solo 90,000 hombres en lugar de 100,000, rebaja hecha por el gobierno para excitar á las demás potencias al desarme. Añadió que esta excitacion no habia encontrado eco, pero que el gobierno francés continuaba en su reduccion citada y que á mas no podia adelantarse ínterin no encontrara imitadores. Con esto concuerda lo que en 1.º de febrero habia dicho el conde Daru á lord Clarendon, á saber: que estaba convencido de que el tiempo y la reflexion inducirian al canciller de la confederacion del Norte de Alemania á tomar en seria consideracion la proposicion de desarme que le habia hecho la Inglaterra; y que si desde el primer dia habia rechazado toda discusion respecto de este asunto, se haria oír muy pronto el interés de la Prusia y de Alemania para ablandar su resistencia, porque no queria levantar

contra sí la opinion de todo el país; y que variaria de actitud cuando se le quitara el único pretexto, á saber: el ejército francés, tras del cual únicamente podia parapetarse. Creían los franceses haber inutilizado este pretexto con pedir 10,000 hombres menos para la quinta de 1871. Estando segura la Francia del auxilio armado del Austria y de Italia y decidida por la guerra, podia pedir cualquier dia á la Prusia que siguiera su ejemplo de desarme, si el emperador no encontraba otro pretexto.

No se comprende cómo pudo decir Ollivier en la ya citada sesion del cuerpo legislativo: «En ningun tiempo ha estado tan asegurada la conservacion de la paz como ahora. A cualquiera parte donde se dirija la vista, no se puede descubrir cuestion alguna que encierre peligros. Todos los gabinetes han comprendido que se deben respetar los tratados, principalmente el de Paris de 1856, que asegura para el Oriente la paz, y el tratado de Praga de 1866, que asegura la paz á la Alemania, y ambos tratados garantizan la paz de Europa.»

La paz que tan asegurada parecia en 30 de junio fué quebrantada seis dias despues por aquel mismo ministerio francés, y si Ollivier en la sesion citada habló de aquella suerte, era preciso que ignorara completamente lo que á su emperador ocupaba desde hacia un año, ó aquella observacion era una farsa indigna de él.

Entre la destitucion del conde Daru y el nombramiento de su sucesor el duque de Gramont, es decir, desde el 14 de abril hasta el 15 de mayo, habia sido Ollivier ministro interino de Negocios extranjeros, y en este tiempo habia echado una mirada á los misterios de la diplomacia imperial que le llenó de espanto, diciendo sobre esto posteriormente: «Ya veía al emperador prosternado de rodillas ante la Europa, la Francia ultrajada y engañada.» De estas palabras se infiere que Ollivier habia adquirido conocimiento de la correspondencia de Benedetti y del ministro tocante á los países del Rhin, de la Bélgica y del Luxemburgo; pero de esto no puede inferirse que el emperador le hubiese iniciado en su correspondencia con los monarcas de Austria y de Italia ni menos tocante á las negociaciones militares del general Lebrun con el archiduque Alberto. En este caso se explicaria que Ollivier no hubiese creído tan inminente la guerra; pero la proposicion de desarme hecha por el conde Daru en 1.º de febrero y el discurso de desarme pronunciado por el mariscal Leboeuf en 30 de junio, y mas que todo las preguntas hechas entonces á Benedetti tocante al mismo asunto (1), prueban que el ministerio Ollivier debió de tomar en seria consideracion la cuestion del mejor pretexto para declarar la guerra á la Prusia, y esto basta para calificar la conducta de Ollivier en la sesion del 30 de junio ó de imperdonable friolidad ó de especulacion inicua de bolsa.

CAPITULO IV

LA CUESTION DE LA ELECCION DE UN REY PARA LA NACION ESPAÑOLA

Entre los cuatro príncipes que en 1869 pretendieron el trono de España, se encontraba el príncipe heredero Leopoldo de Hohenzollern; y como era católico y estaba casado con la hermana del rey de Portugal, parecia reunir circunstancias que le recomendaban á los españoles. Esto hizo suponer á Benedetti que la permanencia del diplomático español Rancés y Villanueva en Berlin, á fines de marzo de 1869, á su paso para Viena, habia tenido este motivo, y para averi-

(1) Benedetti: *Mi mision en Prusia*, pág. 287. Las respuestas de Benedetti llevan la fecha del 25 de febrero y del 8 de marzo de 1870.

guarlo preguntó al secretario del ministro de Negocios extranjeros lo que había respecto del asunto. El secretario le contestó bajo palabra de honor que nada sabía de semejantes negociaciones (1). No contento con esto el francés, dirigióse al mismo canciller Bismarck en mayo del mismo año, y éste no negó que había algo de verdad, pero dijo que en su opinión el reinado del mencionado príncipe en España sería de corta duración; que los peligros que correría serían aun mayores que sus desengaños, y que convencido de esto el rey de Prusia no le aconsejaría que admitiese su elección si las cortes españolas se la ofrecían. El padre del príncipe participó de este modo de ver, diciendo que los fondos que había tenido que facilitar al príncipe Carlos desde el comienzo de su reinado en Rumanía le habían enseñado cuán caro resultaba un trono para su bolsillo particular y que de ninguna manera tenía la intención de jugarse su hacienda para ayudar á su hijo mayor á sentarse en el trono de España. De estas y de otras observaciones infirió Benedetti que si el príncipe Leopoldo había hecho alguna proposición respecto de su elección, no había encontrado disposiciones favorables, pero que el rey no le disuadiría de aceptar el trono de España si resultase elegido. No parece que Benedetti tuvo otra misión mas que informarse de lo que hubiese respecto de esto, sin tener ni remotamente el encargo de anunciar al gobierno de Prusia, con tal motivo, un conflicto con la Francia.

Benedetti, antes de dirigirse respecto de este asunto á Bismarck, había ido á París á tomar órdenes del emperador y éste le había dicho lo siguiente: «La candidatura del duque de Montpensier es puramente anti-dinástica; solo me interesa á mí y la puedo aceptar; pero la candidatura del príncipe de Hohenzollern es anti-nacional; el país no la admitiría y se ha de evitar.» Después de esto Benedetti pasó á ver al ministro, que le recomendó que templase el tono de sus conversaciones para que no se pudiese atribuir á la Francia la intención de que buscaba un motivo para reñir. Benedetti creyó conciliar las dos instrucciones tan desiguales, diciendo al conde de Bismarck simplemente: que si bien el gobierno del emperador miraba con completa circunspección los sucesos que ocurrían en España, no dejaba de tener un capital interés en seguir su desarrollo. De esta expresión de Benedetti no podía inferir nadie que el gobierno francés quería evitar, costase lo que costase, la elección del príncipe de Hohenzollern para rey de España, ni mucho menos hacer la guerra á la Prusia con este motivo en el caso de que los españoles se empeñasen en elegir á este príncipe.

El hecho es que desde mayo de 1869 sabía Napoleón con entera certeza la actitud de la Prusia en el caso de la candidatura oficial de este príncipe y en cambio nada se sabía en Berlín de la intención del emperador Napoleón ni entonces ni mas adelante. En 10 de agosto de 1870 dijo el mismo príncipe Leopoldo, hallándose en los Vosgos, al corresponsal del *Times*, Guillermo Russell: «El emperador Napoleón sabía perfectamente que se me había ofrecido en el otoño del año pasado el trono de España, y que yo había suplicado que no se me hiciera semejante proposición á mí; y si bien estaba muy enterado el emperador de este ofrecimiento, no se hizo de parte de Francia protesta alguna, ni siquiera la mas leve indicación de que esto pudiera dar origen á un *casus belli*, quizás porque la Francia no estaba preparada para la guerra (2).»

Solo el emperador podía encontrar nuevo el consentimiento del príncipe, cuando telegrafió el embajador francés en

Madrid, Mercier de Lostende: «El asunto de Hohenzollern parece estar muy adelantado si no está ya decidido. El mismo general Prim me lo ha dicho. Envío á Bartholdi á París para tomar órdenes.» La comunicación minuciosa (3) que envió el baron de Mercier aquel mismo día á París dice en su primera parte literalmente:

«Estaba desde algunos momentos en el salon de Prim y observé cierta dificultad en su comportamiento, siempre tan amistoso para conmigo, y me estaba inquietando ya cuando él mismo me dijo: «Venga usted, tenemos que hablar;» y diciendo esto me hizo seguirle á su gabinete, donde me dijo: «Tengo que hablar con usted de un asunto que no será agradable para el emperador, según temo; usted me ha de ayudar para impedir que se agrave.» No necesité oír mas para adivinar adónde se dirigía.

«Usted conoce nuestra situación: no podemos perpetuar la interinidad ni tampoco podemos presentarnos á las cortes sin ofrecerles una solución. Usted sabe todo cuanto he hecho para apartar á los que no podrían haber convenido al emperador. No necesitaba mas que aflojar un poco y Montpensier habría quedado elegido; ni tampoco he cedido á ninguna tentación para dejarme llevar á la república. Lo que hubiera deseado mas que todo habría sido una solución por el lado de Portugal ó Italia, y por último dí tambien pasos en Lisboa y en Florencia, pero todo fué en vano. Entretanto, necesitamos un rey, y entonces, en el momento de mayor embarazo, se nos propone uno que reúne todas las circunstancias apetecibles: es católico, de familia real, tiene 35 años de edad y dos hijos; está casado con una princesa portuguesa, lo que ha de atraerle muchas simpatías, y además es militar y de presencia aventajada. Usted comprenderá que yo no puedo dejar escapar esta única ocasión para salvar la revolución, sobre todo si se presenta en semejantes circunstancias. ¿Cómo cree usted que el emperador recibirá este asunto?»

Hasta aquí no se había mencionado el nombre del príncipe Leopoldo, y sin embargo, supo el embajador francés que de él le iba á hablar Prim. Esta comunicación, publicada por Gramont, prueba que Leopoldo era conocido como uno de los cuatro candidatos posibles. En 11 de junio había pronunciado Prim un discurso sobre los candidatos al trono que figuraban entonces en la lista y había mencionado los sucesivos fracasos de las negociaciones con el príncipe Fernando de Portugal, el duque de Aosta y el duque de Génova, añadiendo: «Los señores diputados esperan probablemente que les nombre ahora un candidato con el cual se dice que he negociado en nombre del gobierno de España. No diré nada, porque como se haría público daría lugar á complicaciones y por lo demás he dado mi palabra de honor. Los señores diputados aprobarán sin duda mi reserva. (Sí, sí.) Este candidato llena seguramente las condiciones que España necesita: es de familia real, católico y mayor de edad; pero está escrito que no debemos encontrar rey. Me hicieron saber con delicadeza y benevolencia que el príncipe por el momento no podía aceptar la corona (4).» Los políticos no dudaban á qué príncipe aludía y el corresponsal del *Times* en Madrid escribió que después del discurso de Prim se había pronunciado en la galería el nombre del príncipe de Hohenzollern; lo mismo dijeron los embajadores de los Estados Unidos, de Italia, de Inglaterra y de Francia; y al *Daily News* escribió un corresponsal de Madrid: «No era necesario que Prim pronunciara el nombre del príncipe, porque ya se sabía de quién hablaba; y el baron de Mercier lo sabía tambien, y

(3) Encuéntrase en la obra de Gramont: *La Francia y la Prusia antes de la guerra*, París, 1872.

(4) Schulthess: *Calendario histórico*, pág. 315.

esto me consta á mí (1).» Con esto quedaron ya en el mes de julio de 1870 refutadas las negociaciones mentirosas de Gramont y de Mercier, y tambien prueban las primeras palabras del telegrama del último que el duque de Gramont debía de estar enterado del asunto Hohenzollern. Prim tenía razón para creer que el embajador francés tenía órdenes respecto de este asunto, ya para protestar contra la elección de este candidato, ya para aceptarla. Sin embargo, el embajador le contestó: «Tocante á esto no caben dos opiniones, pero permítame usted hacerle saber que no puedo admitir como embajador una conversación sobre esta cuestión, porque no tengo mas instrucciones que la de abstenerme de emitir mi voto en la materia; de suerte que no me hallo en el caso de comprometer las intenciones del emperador; pero si usted me permite expresar mi opinión personal, no debo vacilar en decirle que ustedes no podrían tomar resolución mas grave y que pudiera tener consecuencias mas funestas, porque la elección de un príncipe de Prusia para el trono de España causaría infaliblemente una impresión extraordinaria en Francia, atendido el temperamento que contra la Prusia domina hoy; el sentimiento nacional, esté usted persuadido de ello, vería en esta elección un verdadero reto, y usted comprenderá que un Napoleón no puede desatender el sentimiento nacional.»

Prim contestó: «Es posible que ésta sea la primera impresión, pero reflexionándolo algo, cambiará. ¿Qué tienen ustedes que temer? ¿Qué significa hoy una unión dinástica? ¿Qué puede hacer un príncipe extranjero, que además ha de jurar la constitución mas liberal que hay en Europa, en una nación tan orgullosa é independiente como la nuestra? Hasta en tiempo de la monarquía pura, faltó poco para que Luis XIV y su nieto se hiciesen la guerra.»

La contestación de Mercier prueba que estaba perfectamente bien preparado para una conversación de esta índole, prevista desde mucho tiempo, pues dijo: «Todo eso está perfectamente bien; pero no deja de ser tambien verdad que en caso de una guerra europea no estaría segura nuestra frontera de los Pirineos si un príncipe prusiano ocupase el trono de España, y necesitaríamos de consiguiente un ejército para guardar esta frontera. Concedo que las uniones dinásticas habrán perdido algo de su importancia, pero usted ha visto, no obstante, que los gobiernos no las miran con indiferencia. En tiempo de los casamientos españoles había puesto la Inglaterra exclusiones; lo mismo sucedió en Bélgica, y á los griegos se prohibió elegir para rey un príncipe de cualquiera de las familias pertenecientes á las potencias protectoras. Estas exclusiones no podían ofender á los países de que se trata, porque no iban dirigidas contra ellos sino contra pretendientes rivales, cuya preponderancia podría hacerse amenazadora. Por lo demás, aquella primera impresión, á la que usted, al parecer, da tan poca importancia, sería de aquellas que un gobierno nacional compartiría siempre, porque sale del corazón del pueblo.»

Prim: «¡Ah! Respecto de Francia afrontaría yo las consecuencias; pero me sería dolorosísimo obrar contra el emperador.»

El embajador: «¿Usted cree, pues, que en semejante cuestión es posible separar al emperador de la Francia?»

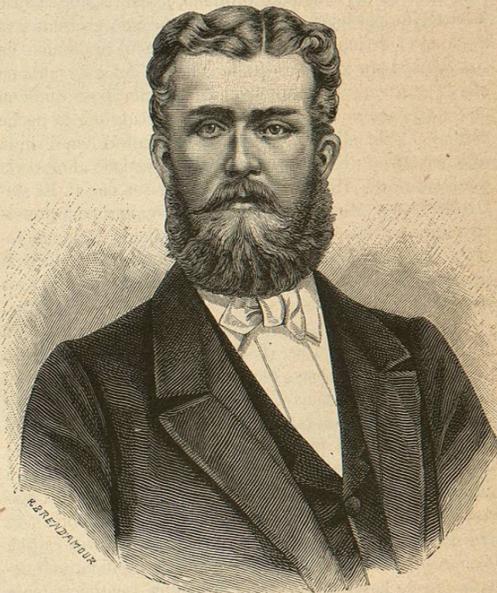
Prim: «¿Pero qué quiere usted que haga? Tome usted el almanaque de Gotha y busque usted un príncipe sobre el cual nos podríamos poner de acuerdo. Yo no sé otro. Usted debe tener compasión de esta pobre España, y permitirle que se arregle con los únicos medios que tiene á su disposición. Mi consuelo es que yo no he inventado esta salida, ni

(1) Véase la *Gaceta de Colonia* del 19 de julio de 1870.

siquiera la he buscado, sino que me la han puesto en la mano; y en la situación en que nos hallamos no puedo rechazar este recurso. He creído un momento que había fracasado lo mismo que los otros; porque las cosas habían pasado enteramente de la misma manera que lo he referido en las cortes, cuando se me presentó la cosa hecha.»

El embajador: «¡Oh! Hace tiempo que he observado cómo el señor de Bismarck procura introducirse en los asuntos de ustedes, y ustedes no me negarán que si él no creyera ganar mucho en ello, no se atrevería á jugar tan alto.»

Prim: «Usted se equivoca; las proposiciones salieron de España y yo nunca he hablado ni con el señor Bernhardt ni con el señor Canitz sobre política.»



El príncipe Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen (copia de un grabado de A. Weger, según una fotografía)

El embajador: «¿Y la escuadra prusiana cuya llegada se nos ha anunciado?»

Prim: «Nada he oído de esto; pero repito que si no aprovechamos esta ocasión no tenemos mas alternativa que Montpensier ó la república, y le confieso á usted que la aborrezco como el fuego del infierno.»

El embajador: «Pues bien, entonces vale mas Montpensier.»

Prim: «¿Cómo! ¿Usted cree que el emperador preferiría Montpensier á un Hohenzollern?»

El embajador: «A mí no me lo ha dicho, pero no lo dudo. El emperador es ante todo francés.»

«Esta objeción, dice Mercier en su comunicación, pareció impresionarle, y yo insistí en ella muy particularmente, porque lo que convenía en esta conversación era herir el espíritu de Prim, y á este fin he empleado toda la energía posible de lenguaje y de pensamiento. Antes que nos separáramos le dije: - Le he hablado á usted con franqueza, pero en mi nombre solamente; si ahora quiere usted saber la idea del emperador, aguarde usted que le haya comunicado nuestra conversación, y antes de ocho días podré tener sus órdenes.»

Si se comparan estas expresiones del embajador con la del emperador respecto de Montpensier, que hemos comu-

(1) Benedetti: *Mi misión en Prusia*, pág. 395.

(2) Véase el *Diario de la guerra* de Guillermo Russell.